

## CAPITU, ¿UNA MUJER INTELIGENTE?

El “misterio” de Capitu viene desafiando a muchas generaciones de lectores y estudiosos de *Don Casmurro*, la obra maestra de Machado y Assis, considerado por la crítica literaria como el verdadero fundador de una literatura auténticamente brasileña. Tal vez haya sido justamente ésa la secreta intención del autor: crear un misterio. El “eterno femenino” es un misterio que existirá siempre en la literatura o fuera de ella.

Lo que más atrae a los lectores de esta novela admirable no es la intrigante y todavía incierta infidelidad de Capitu, personaje principal, motivo de tantas especulaciones críticas o “seudo-críticas”, sino la curiosidad desde la primera página para llegar a descubrir hasta qué punto esta duda habría sido premeditada por el autor, a través de un “narrador evasivo, inseguro, ingenuo, prejuiciado y Casmurro, apodo que asumió para sí mismo” (Sabino, 1999:8).

Puede dudarse de la culpabilidad de Capitu; al fin y al cabo, sólo conocemos el testimonio personal del “marido-narrador”, una personalidad introvertida, ensimismada, malgeniada y sujeta a profundas depresiones, como bien expresa el vocablo portugués *Casmurro*. El “Don” (que en lengua portuguesa designa pronombre de tratamiento a personas que ostentan títulos nobiliarios o eclesiásticos) vino por ironía, por “atribuírseme humos de hidalgo” (Assis, 1945:2), y probablemente corre por cuenta de que el personaje era un abogado famoso, un problema más para nuestra Capitu, mujer del siglo XIX, oriunda de una familia de clase social inferior a la de su esposo.

La narración en primera persona presenta una versión llena de comentarios del personaje travestido en costumbrista, además de referencias literarias, citas históricas, juicios (y prejuicios) de un viejo que busca “atar las dos puntas de la vida” (Assis, 1945:4). Mientras intenta hacerlo, la cuestión es si esa acusación de infidelidad que intenta demostrar no esconde en verdad una profunda envidia hacia Capitu por ser visiblemente más inteligente que él: “Todas mis envidias la acompa-

ñaron. *¿Cómo era posible que Capitu se manejase tan fácilmente y yo no?*" (Assis, 1945:204).

Nuestras lecturas y relecturas obligadas (y muchas otras por puro placer) a través de tantos años de vida académica, cada vez más nos llevan a creer que el problema de Bentinho, el Casmurro, es intentar justificar su separación de Capitu con la supuesta "infidelidad" de la mujer. Sin embargo, creemos que lo que intenta realmente esconder son sus sentimientos de inferioridad frente a una mujer valiente, especial, decidida, que no teme ningún reto. En realidad lo que no había podido soportar era convivir con una mujer que además de bellísima, "se ponía los pantalones" con la mayor facilidad.

Lúcia Miguel Pereira, una de las mayores especialistas en Machado de Assis en Brasil, plantea:

*Con pocas excepciones los personajes de Machado de Assis gustan mucho de sí mismos, y en eso se parecen extraordinariamente a la gente de carne y hueso. Ese amor se halla en el fondo de todas las reacciones, del orgullo de las matronas, de la ambición de los hombres, de la vanidad de las muchachas. Todos se imaginan que todos los demás han sido creados para servirles. De ahí provienen los cálculos y los choques observados por el novelista, y cuanto más aburrido por la monotonía del espectáculo, también más interesado por sus lances.* (Pereira, 1945:29).

Tal vez ahí radique el más importante problema que el novelista tiene que resolver: *el de la responsabilidad*. Si la fatalidad del temperamento impuesto por el principio creador, llámesele naturaleza, Dios o humanidad, dirige el destino de los hombres ¿serán ellos culpables de lo que hacen?

Sin muchos juicios o deducciones filosóficas, Machado pasa la palabra a sus personajes, quienes narran en primera persona los conflictos más profundos de sus almas, sus angustiosos problemas acerca del destino humano: "*bajo la comedia burguesa se siente la tragedia eterna*". Don Casmurro es el más ardoroso y espontáneo ejemplo del escritor ligado a la tierra, permeable a las seducciones de la existencia humana. En este drama de

amor y celos, orgullo y vanidades, los sentimientos importan más que las ideas; *“aunque no lo sean para el autor, sí lo son para los personajes”* (Pereira, 1945:30).

Para estudiar el problema del carácter humano, Machado nos presenta su creación más viva: la inquieta Capitu, de lejos la mujer más femenina e interesante de toda la literatura brasileña. Capitu es una adolescente de 14 años al iniciarse la novela y su perturbadora gracia se condensa en sus *“ojos de resaca”*, *“ojos de gitana”*, *“oblicuos y disimulados”*, que tanto perturban al joven Bento Santiago:

*Retórica de los enamorados, dame una comparación exacta y poética para decir lo que fueron aquellos ojos de Capitu. No me acude ninguna imagen capaz de expresar, sin romper la dignidad del estilo, lo que ellos fueron y me hicieron. ¿Ojos de resaca? Bien, de resaca... Traían no sé qué fluido misterioso y enérgico, una fuerza que arrastraba hacia adentro, como la ola que se retira de la playa, en los días de resaca. Para no ser arrastrado, me agarré a las otras partes contiguas, a las orejas, a los brazos, a los cabellos esparcidos sobre los hombros; pero tan pronto buscaba las pupilas, la onda que salía de ellas avanzaba creciendo, abismal y oscura, amenazando envolverme, arrastrarme y tragarme.* (Assis, 1945:83-84).

El personaje-narrador va diseñando con arte, por gamas imperceptibles, los caracteres de su amada. A pesar de su enamoramiento y de la admiración que sentía por ella, Bentinho perdía la lucidez al analizar el cuerpo exuberante y las ideas atrevidas de su fascinante vecina, aunque todavía *“sólo eran atrevidas en sí; en la práctica se convertían en inteligentes, sinuosas, sordas, y alcanzaban el fin propuesto, no de un golpe, sino a saltitos”* (Assis, 1945:49).

Desde el inicio, la desconfianza anda de brazos con el amor, y ya se siente que el carácter de Capitu es una amenaza para la futura pareja. Unas pocas escenas realistas bastan para dar a entender a los lectores que en el matrimonio ella sería la que dominaría. Capitu, felina y sinuosa, sabía armonizar intelligen-

temente sus impulsos y cálculos, de tal manera que logró incluso hacer que la viuda Doña Glória, la estricta y beata madre de Bentinho, aceptase por fin quebrar su promesa y retirar su hijo del seminario.

El drama propiamente se concentra en pocas páginas, y cuando el lector se da cuenta la situación ya está completada: Capitu es ya una hermosa mujer que, a pesar de ser hija de una familia de estatus inferior, logra convencer a la distinguida familia Albuquerque Santiago de que ella es la esposa ideal para el joven Bento que todavía huele a seminario.

### **El problema de la infidelidad vs. la “cuestión femenina”**

Detrás de la superficie tranquila de los primeros tiempos de matrimonio, los dramas empiezan a retorcerse. Las criaturas del mundo machadiano son cerradas, impenetrables para los demás, pero se rozan unas con las otras y acaban por encontrarse en el egoísmo, en la hipocresía, en la duda y en el oportunismo. Tal vez por eso mismo, antes que admitiera tácitamente tener dudas sobre la fidelidad de su mujer, el personaje narrador sutilmente ya las había sembrado en los lectores, con quienes se confiesa en una hipotética relación dialógica (Accorsi, 2001:69-70).

Los hechos, sin embargo, no son tan claros. Capitu tiene un hijo, que se parece al gran amigo de los tiempos de seminario de su marido; pero también ella presentaba una extraña semejanza con la suegra de su supuesto amante. Casado con una mujer vibrante, siendo él más propenso a vivir ensimismado, desconfiando de sí mismo, inseguro, era natural que Bento tuviera celos: “*¿Celos enfermizos, imaginarios? ¿O fundados y justos? No importa; el sufrimiento que le lleva a la desesperación era real*” (Pereira, 1945:33).

*Don Casmurro* es la obra más humana de Machado. No interesa al autor cómo o por qué se sufre, sencillamente muestra la angustia de un hombre que surge del vivir cotidiano al lado de una mujer que sabe a lo que vino.

A pesar de que nunca se encontró o se encontrará en la obra

hecho alguno revelador de la infidelidad de Capitu, el “marido-narrador” insiste en justificar el hecho de haber exiliado a la mujer y su hijo. Es esa intención bastante clara lo que nos lleva a afirmar que por detrás de eso hay algo más. No se trata de “*saber si aquella Capitu de la playa de la Gloria ya estaba dentro de aquella de Mataballos, si la chiquilla traía dentro de sí, en su temperamento lo que había de ser la mujer futura*” (Assis, 1945:341). Lo que intenta hacer el narrador es justificar su despotismo, muy propio de los maridos decimonónicos, espejo de una época de transición hacia una modernidad industrial que golpeaba duramente los conceptos sobre el *ser femenino* de la época.

El equilibrio en Machado no era *goethiano*, “*el de los fuertes, los felices, destinados a componer himnos de gloria a la naturaleza y al tiempo. Era el equilibrio de los hombres que, sensibles a la mezquindad humana y a la suerte precaria del individuo, aceptan una y otra como herencia inalienable*” (Bosi, 1989:180). Bento Santiago no era un ser fuerte. La debilidad que mostraba desde su niñez (la misma que había llevado a su madre a prometerlo al sacerdocio) lo transformó en un ser frágil, sobreprotegido por el carácter fuerte de la viuda que tenía que llevar las riendas de la familia. Bento era un pusilánime; en su relato, se confiesa:

*Mi fin evidente era atar las dos puntas de la vida y restaurar en la vejez, la adolescencia. Pues, señor, no conseguí recomponer lo que fue, ni lo que fui. Aunque el rostro fuera igual, la fisonomía era diferente. Si sólo me faltasen los otros, pase; un hombre se consuela más o menos de las personas que pierde; pero falta yo mismo y esta laguna lo es todo.* (Assis, 1945:4).

Haber soportado la dominación del carácter materno, fue una circunstancia obligada en su infancia; pero ahora era un hombre “hecho y derecho” y en el matrimonio *él era el marido*.

Judith Butler (1990) comenta que al leer a Simone de Beauvoir le llamó la atención el siguiente planteamiento: “*Ser una*

*mujer en los términos de una cultura masculinista, implica ser una fuente de misterio y de incógnita para los hombres*". Esto parecía confirmarse de algún modo cuando leyó a Sartre, para quien todo el deseo, problemáticamente concebido como heterosexual y masculino, se definía como *perturbación*. Para este sujeto masculino de deseo, la perturbación se convierte en escándalo cuando un "objeto" femenino ejerce sorpresivamente el papel de *agente*. Un "objeto" que inexplicablemente devuelve la mirada, invirtiéndola y cuestionando el lugar y la autoridad de la posición masculina.

Capitu había devuelto la mirada siempre, sin bajar la cabeza. De eso sí era "culpable". La acusación de infidelidad que su marido intenta evidenciar a través de casi todo el libro es un libreto acusatorio compuesto al estilo de una tragedia operática para convencer al lector. En el magistral capítulo IX de la novela, Machado deja clara su intención:

*Todo habría transcurrido sin nada serio, si Dios no hubiera escrito un libreto de ópera del que se desentendiera, por considerar que tal género de recreaciones era impropio de su eternidad. Satanás llevó consigo al infierno el manuscrito. Con el fin de demostrar que valía más que los otros – y quizá para reconciliarse con el cielo- compuso la partitura - y apenas la terminó fue a llevarla al Padre Eterno.*

*–Señor, no desaproveché las lecciones recibidas– le dijo. Aquí tenéis la partitura, escuchadla, enmendadla, hacedla ejecutar, y si la hallareis digna de las alturas, admitidme con ella a vuestros pies...*

*–No –replicó el Señor– no quiero oír nada.*

*–Pero, Señor...*

*–¡Nada! ¡Nada!*

*Todavía suplicó Satanás, sin mejor suerte, hasta que Dios, cansado y lleno de misericordia, consintió en que la ópera fuese ejecutada, pero fuera del cielo. Creó un teatro especial, este planeta, e inventó una compañía íntegra, con todas las partes, primeras y segundas figuras, coros y bailarines.*

*–¡Oíd ahora algunos ensayos!*

*–No, nada quiero saber de ensayos. Me basta con haber compuesto el libreto; estoy pronto a partir contigo los derechos de autor. (Assis, 1945:22-23).*

A pesar del libreto fascinante, el personaje narrador no logra convencernos de sus razones. Capitu es, al final, la *gran diva* de la literatura brasilera, que emerge del texto con la fuerza de la inteligencia que sobrepasa el carácter trágico del marido.

Don Casmurro, un enorme éxito publicado en 1907, es la gran “ópera-feminista” que Machado de Assis comparte con su personaje Bento Santiago. Capitu es la nueva mujer del siglo XX. Son los nuevos aires de los nuevos tiempos... Machado de Assis, el gran maestro, como siempre, lo “anticipa” todo.



Chiquinha Gonzaga a sus 30 años